

al cuello, y me preguntó si esto era todo lo que me habia hecho infeliz últimamente. Pero, ¡pobre muchacha! no podrá soportar el cambio que debemos sufrir. Ella no tiene sino una vaga idea de la pobreza; solo la ha visto en la poesía, donde va unida al amor; no siente aún privaciones, ni sufre la pérdida de las comodidades y el lujo á que está acostumbrada. Cuando prácticamente pasemos sus sórdidos cuidados, sus viles necesidades, sus mezquinas humillaciones, entónces sí serán verdaderos martirios.

— Pero — le dije — ya que habeis desempeñado la tarea mas dura, la de revelárselo á ella, miéntras mas pronto digais al mundo el secreto, será mejor. La revelacion os mortificará, miéntras que de otro modo sufriréis anticipadamente todas las horas del dia.

No es la pobreza como se pretende, la que mas agobia á un hombre arruinado, sino mas bien la lucha entre el orgullo y la falta de recursos, y el empeño de ocultar lo que en breve ha de saberse. Tened valor para aparecer pobre, y desarmaréis á la pobreza de su mas fuerte aguijon. Por este lado encontré á L\*\*\* preparado; él no tenia orgullo, y en cuanto á su esposa, solo deseaba arreglarse al cambio de su fortuna.

Algunos dias despues, vino á verme una tarde: habia dejado su rica habitacion, y pro-

curándose una casita en el campo, á algunas millas de la ciudad. Todo el día se habia ocupado en enviar sus muebles, que eran pocos, y de los mas sencillos, segun lo esigía su nueva morada: de su antiguo lujo solo les quedaba el arpa de Clementina, porque segun él dijo, estaba íntimamente enlazada con la idea de ella misma, porque pertenecía á la historia de sus amores, y porque algunos de sus mas dulces momentos habían sido aquellos en que al compas de aquel instrumento escuchaba el melodioso acento de su voz. No pude ménos de conmovirme al mirar que esta memoria deliciosa era el consuelo de mi affligido amigo.

El iba entónces á su nueva casita, en donde su esposa con inquietud lo esperaba.

Como la historia de esta familia me habia interesado vivamente, y hacía una hermosa tarde, le ofrecí acompañarle. El estaba cansado por las fatigas del dia, y caminaba pensativo y sombrío.

— ¡Pobre Clementina! — prorumpió al fin, con un suspiro ecshalado de sus lábios.

— ¡Y por qué pobre? — le dije yo. — ¿Le ha sucedido algo?

— ¡Y qué — dijo con cierta impaciencia — os parece poco estar reducida á esta triste situacion, encerrada en una pobre choza, y verse obligada á emplearse hasta en los trabajos mas viles de su miserable habitacion?

— ¿Luego el cambio la ha hecho murmurar?

—¡Murmurar! jamás ha estado de mejor humor, y ciertamente nunca la había visto tan contenta; me prodigó su ternura y sus consuelos.

—¡Muger admirable!—esclamé.—¿Y podeis llamarnos pobre, amigo mío, cuando nunca habeis sido mas rico, y cuando poseis en vuestra esposa un tesoro inagotable de bondad?

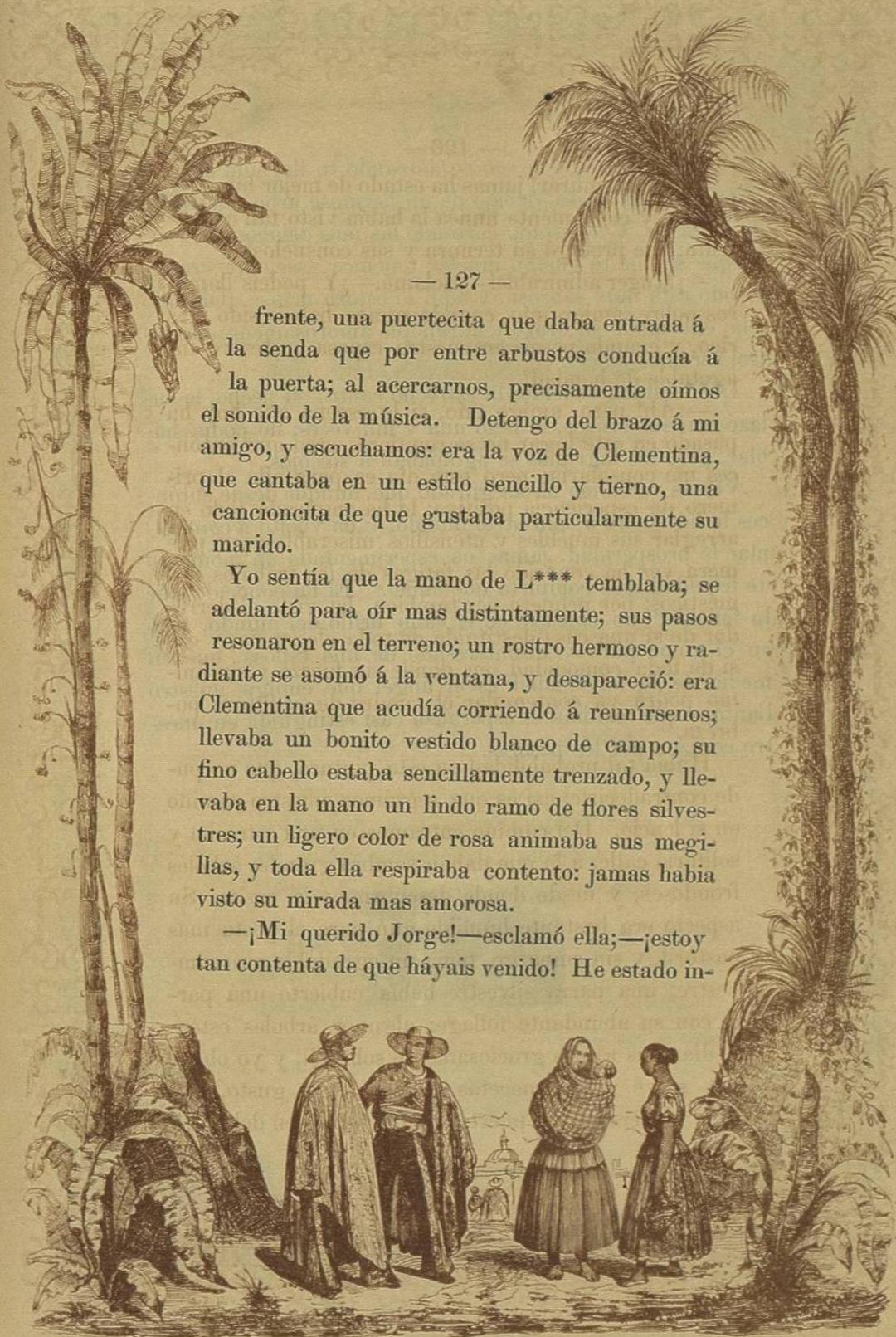
—¡Ah! pero, amigo mío, si la escena que hoy ha pasado en este lugar no se repitiera, creo que entonces me consolaría; pero este día es para ella el primero de esperiencia positiva; lo ha empleado todo en arreglar sus muebles y utensilios miserables; por primera vez ha conocido las fatigas de los trabajos domésticos; por primera vez tambien, ha visto al derredor de sí una casa destituida de toda elegancia, y casi de toda comodidad, en donde sin fuerza y sin ánimo podrá ya contemplar el cuadro de su futura pobreza.

Habia tal probabilidad en esta pintura, que no puede contradecirle; así es que seguimos nuestro camino en si lencio. Del camino entramos en una estrecha y solitaria calle, á la que daban sombra grandes árboles frondosos, y desde donde descubrimos la casita. Su aspecto era bastante humilde aún para el poeta mas pastoril, y sin embargo, tenia un agradable aire campestre; una parra silvestre habia cubierto una parte con su abundante follage; algunos árboles extendían sus ramas graciosamente sobre él, y yo observé varias macetas colocadas con gusto, y cerca de la puerta y en el terraplen del

frente, una puertecita que daba entrada á la senda que por entre arbustos conducía á la puerta; al acercarnos, precisamente oímos el sonido de la música. Detengo del brazo á mi amigo, y escuchamos: era la voz de Clementina, que cantaba en un estilo sencillo y tierno, una cancioncita de que gustaba particularmente su marido.

Yo sentía que la mano de L\*\*\* temblaba; se adelantó para oír mas distintamente; sus pasos resonaron en el terreno; un rostro hermoso y radiante se asomó á la ventana, y desapareció: era Clementina que acudía corriendo á reunírsenos; llevaba un bonito vestido blanco de campo; su fino cabello estaba sencillamente trenzado, y llevaba en la mano un lindo ramo de flores silvestres; un ligero color de rosa animaba sus mejillas, y toda ella respiraba contento: jamás habia visto su mirada mas amorosa.

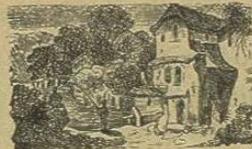
—¡Mi querido Jorge!—esclamó ella;—¡estoy tan contenta de que háyais venido! He estado in-



quieta por tí, y he estado deseando tu llegada; he puesto una mesa debajo de un hermoso árbol, detras de la casita, y he estado cortando las mas deliciosas fresas, porque sé que te gustan mucho; tenemos escelente crema, y todo está muy sabroso, y aquí lo estará mas. ¡Oh! dijo ella, enlazando su brazo y mirándole amorosamente al rostro; serémos felices.

L\*\*\* estaba vencido; la estrechó contra su pecho, la enlazó con sus brazos, la besó una y mil veces; no podia hablar, pero las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Varias veces me ha asegurado que, aunque desde entónces le ha vuelto á sonreír el mundo, y ha vuelto á contemplar la prosperidad, jamas ha experimentado un momento de felicidad mas completa que aquel. El ha conocido que la felicidad no consiste en el vano brillo del mundo, sino en el amor puro y desinteresado de una esposa, que en medio de la adversidad es el ángel que enjuga nuestro llanto, y que reanima la esperanza casi estinguida en nuestro corazon por los pesares.



## LA SALIDA DEL SOL.

TRAS los azules montes del Oriente,  
Entre ligeras nubes de oro y grana,  
Ahuyentando las nieblas se alza ufana  
Del bello sol la brilladora frente.

Nuevo vigor naturaleza siente  
Con el primer albor de la mañana;  
El prado con mil flores se engalana,  
De perfumes se llena el fresco ambiente;

Tiembla en el césped matinal rocío,  
El nevado arroyuelo ya murmura,  
Cantan las aves en el bosque umbrío:

Todo placer respira; la amargura  
Huye del corazon, y el labio mío  
Bendice al que sin fin mora en la altura.

Febrero de 1847.—O. PEREZ.